



La literatura patagónica: esta lenta construcción de un nosotros

Entrevista de Luciana A. Mellado al escritor Raúl Artola

Luciana A. Mellado

UNPSJB

Chubut - Argentina

Breve presentación biobibliográfica

Raúl Orlando Artola

Nació en Las Flores, en 1947. Vive en Viedma desde 1975. Licenciado en Ciencias de la Información, por la Universidad Nacional de La Plata.

Escritor, docente, editor y periodista. Publicó *Antes que nada* (poesía, 1987), *Aguas de socorro* (poesía, 1993), *Croquis de un tatami* (poesía, 2002), *[teclados]* (poesía, 2010), *El candidato y otros cuentos* (narrativa, 2006) y *La periferia es nuestro centro. Apuntes sobre política, cultura, territorios y experiencias* (ensayo, 2011).

Como compilador, es autor de *Poesía/Río Negro- Antología Consultada y Comentada. Volumen I*, que se publicó en 2007 a través del Fondo Editorial Rionegrino. Dirigió la revista-libro *El Camarote – Arte y cultura desde la Patagonia* entre 2004 y 2010. Actualmente, administra el sitio web *La mojarra desnuda* (www.mojarradesnuda.com.ar).

Fue director del Fondo Editorial Rionegrino (1988-90) y del Centro Municipal de Cultura de Viedma (1992-93). Ha recibido diversos premios, entre ellos: el premio de la Provincia de Río Negro y de la Secretaría de Cultura de la Nación por *Antes que nada*; de la Secretaría de Cultura de Neuquén y el Banco de esa Provincia por *Aguas de socorro*; de las Madres de Plaza de Mayo por *Croquis de un tatami* (primer premio del concurso internacional “25 años de Lucha”, 2002), del Consejo Federal de Inversiones por el cuento “La niña y el marquesito”, ambientado en Carmen de Patagones a mediados del siglo XIX; y por *El candidato y otros cuentos* fue premiado en el XXIII Encuentro de Escritores Patagónicos de Puerto Madryn, en 2003.

Su libro inédito de relatos “Sueños reales” fue finalista en dos certámenes recientes de narrativa: el de la Fundación Victoria Ocampo (2012) y el “Eugenio Cambaceres” de la Biblioteca Nacional (2013).

.I. La Patagonia como amparo e intemperie: el exilio interior

Somos los desterrados del caos,
el pato de la boda
que no se dejó comer,
la resaca de los viejos sueños,
nuestra única propiedad privada
sobre la que fundamos los nuevos,
más lúcidos,
más personales,
para no morir
sin haber visto
nada.

R.O.A

L.A.M. – En tu libro *La periferia es nuestro centro* (2011), te referís al “exilio interior” como experiencia personal en que se enmarca tu llegada a la Patagonia en los años 70 [1] ¿Cuál es la importancia que le das a esta vivencia como experiencia colectiva de una migración de hacedores culturales a la región durante el terrorismo de Estado en Argentina? ¿A qué escritores vinculás con este tipo de exilio en Patagonia? ¿Qué relevancia creés que tuvo en la constitución del campo intelectual de la región?

R.O.A. - Se ha hablado y escrito mucho sobre el forzado exilio de muchos argentinos para salvar su vida antes y durante la dictadura instaurada en 1976. Mucho menos, como con displicencia y menosprecio, se alude al bien llamado “exilio interior” al que recurrimos otros con el mismo propósito, por menores recursos o inferior evaluación de riesgos (desmentidos por muchas capturas ilegales ocurridas en el mismo período en franca “caza del/a hombre/mujer” que los grupos de tareas de las fuerzas conjuntas de la dictadura emprendieron en todas partes).

Fuimos de los emigrados más culposos y aterrados (en otros países la angustia del desarraigo total tenía la contraparte de una seguridad mayor, aunque relativa), tanteando diariamente las condiciones lugareñas para asentar el pie al levantarnos todos los días. Supongo que muchos, como es mi caso, salvamos la vida en la Patagonia cuando el arqueo de los recursos que manejábamos podía balancearse con toda transparencia en función de los trabajos conseguidos. Cualquier cuenta que no cerrara perfectamente podía ser atribuida a estipendios recibidos de “organizaciones subversivas” en calidad de presuntos guerrilleros en “zona de descanso”.

De algunos de los amigos y amigas conozco o presumo su condición de refugiados en la región, aunque pocas veces procede de comentarios explícitos. Sobre la base de viejas conversaciones y por la adscripción a corrientes de pensamiento férreamente opuestas a la dictadura y las fechas de su llegada, puedo suponer que Gustavo Miguel Rodríguez, María Eugenia Correas, María Ester Marteleur, Bruno Di Benedetto, Jorge Conti, por ejemplo, vinieron a la Patagonia por ese motivo.

También sospecho (el verbo delata la rémora) que Ramón Minieri, por sus ideas, su edad y ejerciendo la docencia en Bahía Blanca cuando el golpe militar, bajó a Río Colorado con la misma finalidad.

Hay un caso muy especial de radicación por causas políticas. Pablo Bohoslavsky (dos veces rector de la Universidad Nacional del Comahue y actual vicerrector de la UNRN) fue capturado junto con otros militantes peronistas en Bahía Blanca en 1976 y condenado a prisión en el penal de Rawson hasta 1981. A su liberación se radicó en el alto valle de Río Negro y en 2010 publicó *Cierta fortuna*, una serie de relatos sobre esa experiencia carcelaria.

Es muy difícil mensurar la importancia e incidencia que podamos adjudicarnos como factores de cambio o fuente de aportes en el campo intelectual y artístico de la región, aunque recuerdo claramente haber mantenido, a partir del 79 y con mayor fuerza desde el 82 con motivo de la guerra de Malvinas, discusiones francas sobre temas estéticos e ideológicos en las que nuestras posturas encontraban caldo de cultivo entre los más jóvenes y por tanto menos



condicionados o apegados a las larvadas tradiciones sostenidas, con más voluntarismo que convicciones atendibles, por viejos pobladores.

Los “trasplantados” éramos bichos raros en el ambiente literario, indefectiblemente, y hasta nuestro look nos sindicaba como “zurdos”, o cuanto menos rebeldes e inconformistas. Y lo que escribíamos rápidamente se calificaba de raro, extraño, fuera de cualquier tradición reconocible. En aquellos primeros intercambios numerosos a los que asistí (una reunión en Viedma con el presidente de la SADE, Aristóbulo Echegaray, en 1979; concurso literario en El Bolsón en 1981; encuentros de escritores de Puerto Madryn y Comodoro Rivadavia a comienzos de 1982) deambulaba sondeando el ambiente y recogiendo cuanto libro, plaqueta u hoja suelta me ofrecían o podía comprar. Las afinidades solo surgían con jóvenes, a veces casi adolescentes, como Debrik Ankudovich y Cristian Aliaga, al menos en esos primeros tiempos.

Hay algo de lo que estoy seguro: de aquel grupo de novísimos patagónicos, no conozco a ninguno que se haya integrado plenamente a la sociedad que lo acogía. Y mucho menos que se haya plegado a las tradiciones pueblerinas o a sus rasgos culturales más notorios. Trajimos otras cosmovisiones con nosotros y aquí las desplegamos e hicimos crecer, con mayor o menor acierto o fortuna. La excepción podría ser Ramón Minieri, el intelectual y el poeta pero también el hombre sencillo, de pueblo, querido y bien afincado en su Río Colorado.

II. La Patagonia, diversidad que fluye e influye

Así, la literatura que se viene produciendo en la región es tan diversa, dispar e inclasificable como heterogénea es la conformación de su geografía y aluvial el devenir histórico de cada una de sus regiones y pueblos.

R.O.A

L.A.M.- ¿Quiénes creés que son las autoridades discursivas que históricamente trazaron y trazan nuestra geografía imaginaria? ¿Qué poder tienen los artistas para producir y reproducir imágenes de la

región? Más puntualmente, ¿qué poder tiene la escritura poética de los patagónicos para crear *imago mundi*? ¿Conocés alguna experiencia colectiva que represente un intento crítico por cuestionar las versiones simplificadoras de la Patagonia y su cultura? ¿Identificás variaciones históricas respecto de las autoridades que desde las metrópolis y desde la propia región imponen su representación sobre el mundo patagónico?

R.O.A.- Las autoridades discursivas que construyeron el relato oficial sobre la Patagonia, asentado imperativamente en la llamada “Conquista del Desierto” por Roca y sus lugartenientes e inspiradores ideológicos, se inscriben en la categoría marxista de la superestructura cultural. O sea, todas las instituciones políticas y jurídicas, el empresariado oligárquico (básicamente el sector agro-ganadero hasta la llegada del peronismo), la Iglesia Católica y los medios de la prensa escrita primero y luego sumándose los audiovisuales, estos con progresiva fuerza.

Hasta estos años últimos -me refiero a la época que se abre en 2003-, el grado de influencia que la obra, las opiniones sobre la sociedad y la figura de cierto prestigio que los artistas proyectaron en cada caso creo que fue de escasa repercusión en la formación del imaginario cultural acerca de la región patagónica. Y no digo nula porque su llegada estuvo restringidísima a sectores ya convencidos de otra visión que la difundida masivamente desde los centros de poder reales y aparte de la juventud ligada por lazos de familia o amistad con aquellos. La difusión e influjo de esas miradas diferentes y cuestionadoras del relato oficial es casi imposible de cuantificar porque sus canales de expresión han sido escasísimos, pobres, de corto alcance y vida efímera. Pienso en las revistas culturales patagónicas a las que me he referido en El Camarote Nº 8 en un dossier titulado “Tercas luces de papel”, por ejemplo. Y que las fiestas populares de ciudades y parajes siempre han sido organizadas, bajo dictadura y en democracia, por personeros de esa cultura oficial, inclusive enmascarándose detrás de músicos y otros artistas de genuina raigambre.

Lo antedicho, reitero, puede sostenerse con cierta validez y alcanzar algún grado de consenso hasta años recientes, en que la producción poética de la región dio un salto cuantitativo y cualitativo a fuerza del talento y trabajo de muchos, publicaciones individuales y ediciones colectivas (revistas y

antologías), apariciones constantes en la internet, en blogs, revistas digitales y redes sociales. Sin ninguna clase de homogeneidad de miradas o fácil identificación con rótulo alguno, mucho/as poetas patagónico/as tienen reconocimiento y valoración crecientes, huestes reforzadas por jóvenes autores, en su mayoría mujeres. Y ese prestigio se consolida, en gran parte, por la universalidad de las voces y las propuestas estéticas ajenas a todo aire folclórico o color local o costumbrismo. También se nota una franca diferenciación con las temáticas y abordajes en boga en el centro irradiador porteño. Es más: si subsisten en Buenos Aires las capillas literarias son eso: agrupaciones al uso que se circunscriben a la capital y a lo sumo irradiando solo hasta muy cerca, pues su impronta no nos llega. Somos lectores, por supuesto, de los poetas de todas las latitudes argentinas, pero no encuentro aquí en la Patagonia otros parentescos e influencias que los de los grandes autores nacionales y/o universales.

Al interior de la región tengo para mí que se han constituido en estas últimas décadas algunas corrientes estéticas, estilísticas y hasta temáticas alrededor de uno/as poco/as poetas, ciertamente localizados. Raúl Mansilla se nucleó con varios poetas amigos en “Celebriedades” y prolongó los talleres en puestas en escena, de lectura y música; Graciela Cros, desde muchísimo tiempo a esta parte, con su taller y las publicaciones antológicas que propició, es una maestra de poetas rionegrinos cordilleranos; Jorge Spíndola y sus jóvenes talleristas crearon “Bajo los huesos” y allí nació otro semillero; Cristian Aliaga, primero con “Revuelto Magallanes” y luego en “Espacio Hudson”, es un irradiador formidable para mucha gente que aprovechó su tarea de formación de poetas. En forma personal, y con una constante guía epistolar, más los prólogos, presentaciones y otros auspicios, Juan Carlos Moisés es un enorme faro para todos los patagónicos. Me doy cuenta de que estos nombres abarcan y tiñen buena parte de la región, que es donde mejor y más me he movido: Neuquén, Río Negro (subregión Norte) y Chubut, lo que yo llamo Centro. De Santa Cruz y Tierra del Fuego, la Patagonia austral, no tengo la suficiente información ni contactos como para abrir juicios o arriesgar contornos.

Y acerca de los estereotipos literarios que desde el propio seno de la región pueden circular, no tengo escrutinio alguno, seguramente por ser totalmente ajenos a mi interés; supongo que nacen especialmente en las carreras de Letras de las universidades y pueden encandilar a algunos de sus alumnos y otros distraídos ocasionales. La excelente poesía de la región se nutre de las vivencias personales de sus mejores autores, algunos de los cuales acabo de nombrar y son suficiente antídoto, con sus obras y testimonios, contra arsenales teóricos predigeridos y fórmulas pseudopoéticas de alquiler.

III. La poesía como terruño. Residencias y afiliaciones literarias

El poeta acuerda silencios
con las palabras.
Cuando el pacto se levanta
nace el poema.

En todo parlamento
algo se pierde
y una victoria
siempre es discutible.

R.O.A.

L.A.M.- En *La periferia es nuestro centro* afirmás que “la resonancia del ámbito, no obstante, es muy fuerte, sin que el gesto suene impostado en el mejor de los casos” (12). El ámbito resuena y empuja la pregunta ¿dónde?; en tus textos, ¿dónde? Sé que parte de la respuesta la das en ese mismo libro, cuando reconocés que la ambigüedad entre extrañamiento y pertenencia por muchos años no se reflejó en tu escritura, hasta la emergencia de tu escritura narrativa, donde advertís que internalizás el paisaje. Ahora, ¿cuánto hay de escritura, cuánto de reescritura, cuánto de lectura y cuánto de relectura en ello? ¿Cuánto hay de vínculos con la Patagonia como construcción literaria que te precede y excede? ¿Con qué versiones literarias de la Patagonia dialogan tus textos si es que se proponen esta intertextualidad? Aquí, lo que indirectamente te pido, además, es que me señales explícitamente una afiliación electiva con otros textos y autores en relación con tu mirada del terruño.

R.O.A- Esta debe de ser la pregunta más difícil de responder. Nos abismamos en un amasijo imposible de discriminar, de distinguir. Cuando se tiene un carácter esponjoso, ambicioso, de escasos prejuicios, las fuentes son todas las imaginables.

Para deslindar algunos campos, debería declarar que nunca he sido un lector particularmente interesado en la bibliografía sobre la Patagonia. Tiene algo de turista o de voyeur, para mi gusto, ese fisgoneo en visiones extranjeras y antiguas sobre el territorio patagónico, salvo que uno sea un estudioso de materias científicas o tenga motivos de investigación. La poesía, sin abjurar de nada a priori, se nutre de la propia cantera del autor, con lo visto y oído en toda la vida.

Juan Carlos Moisés dice que durante la infancia atesoramos las imágenes que luego al escribir serán la matriz de nuestros textos, sea cual fuere nuestro lugar de residencia o condición de mero habitante. Soy bonaerense de nacimiento y crianza, por lo que mi imaginario es la pampa y sus aguadas, árboles llenos de pájaros, lluvias torrenciales y arco iris consecuentes, ganados de variado pelaje y molinos en serie al costado de las rutas. Por eso, al llegar ya adulto a la Patagonia mi bagaje sensorial estaba completo y nunca necesité ni intenté mimetizarme con el nuevo paisaje al momento de encarar la escritura. Eso estaba bien, lo sentía profunda y convencidamente, para los “nacidos y criados”, nueva categoría sociológica que enseguida me enseñaron a respetar, con el orgullo de todo lugareño empeñado en mostrar “chapa” de oriundo.

Esta situación de recién venido fue un parteaguas a la hora de escribir. Para mí, sin pena, angustia, demérito ni subestimación. *Omnia mecum porto*, decían los latinos para significar que uno ya lleva consigo todo lo necesario para el viaje. Los demás, los “nyc”, deberían soportarme tal como había llegado y sería inútil que esperaran otra cosa de mí. Y que ellos hicieran su literatura con las propias visiones, siempre y cuando, para mi sentido estético, no hicieran de ellas el motivo y causa del oficio. La forma, las palabras, dan sentido a la poesía, no los asuntos que traten esas palabras.

Eso por un lado. La otra cuestión para mí es que la propia escritura nace de ese conglomerado existencial, del que una parte inescindible y fundamental

son las lecturas, todas. Cuánto se va trasvasando de ese recipiente a la propia escritura y cuáles predominan es harina de otro costal, que pueden ver los lectores, en el mejor de los casos. No el autor de los textos.

Y si mis textos poéticos dialogan con la obra de algunos patagónicos es posible que sea porque tenemos los mismos padres, no por pisar el mismo suelo. Supongo que con Ramón Minieri o Juan Carlos Moisés, por citar dos amigos poetas que admiro, abrevamos en los mismos manantiales, que seguramente serán Vallejo, Arreola, Tuñón, Raúl Gustavo Aguirre, Montale, Pavese, Wallace Stevens, Whitman, Pessoa, Juanele, Borges, Basho, Machado, Miguel Hernández y un largo etcétera. Diálogo, si es que se produce, que nunca buscaron mis textos; antes bien irrumpieron y me obligaron a prestarles atención y darles curso legal, en un afán de interpelar(me), de indagar(me), de revelar(me).

Lo escandaloso del caso, por llamarlo de alguna manera, es que fuera de la región siento fuerte empatía (y simpatía) con otros poetas que parecieran haber anidado, antes, durante y después de andar pariendo textos, en los mismos pajonales literarios. Cito unos pocos: Jorge García Sabal, César Cantoni, Leonardo Martínez y Alejandro Schmidt. No les conozco viajes a la Patagonia ni vínculos estrechos con los que se especula pudieran ser nuestros rasgos culturales.

IV. La identidad patagónica, reservorio de culturas que laten

Ninguna cultura nació ex nihilo; es más, una aproximación sencilla al concepto de cultura es precisamente la de mixtura, la de amasijo de influencias en el espacio y en el tiempo, la de fermentación y sedimentación de esas fuentes en un cauce nuevo, con una impronta reconocible.

R.O.A.

L.A.M.- En tu libro *La periferia es nuestro centro* aceptás implícitamente el carácter relacional de toda identidad, carácter del que también participaría nuestra identidad literaria, si ella existiera. Las preguntas que

surgen, al respecto, son: ¿es válido hablar de una identidad patagónica y una identidad literaria patagónica? Y en el caso de que tu respuesta sea afirmativa, ¿cuáles son las relaciones más significativas que las constituyen históricamente? ¿Con quién hablamos para construirnos como “nosotros”? Los interrogantes se enlazan con otros ligados a la posición de nuestra literatura en el campo literario nacional, y a la vez con la dinámica histórica que marca cambios y permanencias ¿Qué lugar entendés que ocupa nuestra literatura en la producción nacional? Y en relación con Chile, ¿creés que este lugar es actualmente distinto que el que ocupaba en décadas pasadas?

R.O.A.- Me parece que así como el “carácter nacional” sería una especie de sumatoria y síntesis que condensa rasgos sobresalientes de puntos muy distantes y distintos de la geografía argentina y sus pliegues culturales, tengo para mí que una operación semejante en nuestra región es casi imposible por apresurada. La Nación tiene más de 400 años de vida activa, comprobable y registrada en numerosas fuentes, aunque hablemos del bicentenario reciente de la Patria. (Al momento de escribir estas líneas, miércoles 19 de junio de 2013, la Universidad de Córdoba cumple su cuarto centenario).

La Patagonia tiene una “prehistoria” casi tan antigua, pero las culturas originarias no dejaron una huella importante y rastreable, y los viajeros y expedicionarios pusieron una impronta débil, interesada y por lo tanto, muchas veces, poco creíble. Es por eso que la forja de una identidad patagónica comienza muy recientemente, diría que a partir de la creación de los estados provinciales a fines de la década del '50 del siglo pasado. Esto puede resultar por demás arbitrario y azaroso, pero las mías no son coordenadas de la historia o la sociología. Si nos referimos al dibujo, al contorno de una cultura probable, contabilizo muy especialmente el desarrollo de las artes, aunque no en forma excluyente, pues mi visión es la de una cultura más vasta, de carácter antropológico.

En cuanto a una eventual identidad literaria patagónica, por lo tanto, se encuentra en el mismo punto. Me atrevo a decir que este trabajo de inventario, catálogo e investigación de Luciana Mellado, con quien tengo el enorme placer y el honor de colaborar, es el primer paso para aproximarnos a un estado de situación. Espero con gran interés y curiosidad sus análisis, reflexiones,

conclusiones y dudas, pues las últimas décadas me tienen como protagonista y testigo de una formación incipiente con exponentes formidables de excelencia en varios rubros. Cuya articulación, precisamente, es lo que creo está en averiguación.

Ahora bien, esta lenta construcción de un “nosotros”, como esboza la pregunta, es de una riqueza incalculable. Me gustaría tener a mano las cifras de la población estable en la Patagonia en 1950, por ejemplo, para compararlas con las del 2010. En esos números, simples y contundentes, radican buena parte de mis argumentaciones anteriores. Ese crecimiento poblacional es un índice clarísimo para imaginar -y luego comprobar- la multiplicación potencial y real de “las relaciones, diálogos, negociaciones y conflictos más significativos” que se dieron en la región para abrir una picada y luego construir caminos, físicos y simbólicos, entre mesetas, montes, mallines, cordillera y playas, entre gallegos, galeses, tehuelches, mapuches, selk’nam, chilenos, italianos, siriolibaneses, alemanes y sus descendientes, y un montón de etcéteras que, además, nutrieron y nutren al imaginario de esos protagonistas y donde en primer lugar está el reservorio de la cultura universal y nacional que latía y late en todos ellos.

En síntesis, estoy convencido de que hablamos con todos para construirnos como “nosotros”, pero desde un lugar propio, nuevo, con antecedentes numerosísimos y difusos, intercambios constantes y radiales, es decir sin “centros” donde referenciarlos, salvo las preferencias, tendencias, vocaciones de cada autor, que edifica heterogéneamente sus “cánones” personales en el devenir del crecimiento en su oficio y de su obra. Ese lugar propio nos sitúa en un sitio relevante dentro de la literatura nacional, con una pujanza diferente a regiones más viejas, donde seguramente se están dando luchas generacionales y de corrientes estéticas mucho más arduas que entre nosotros. Por tanto diría que ese lugar o posición que ocupamos en el nivel nacional es muy distinto al que teníamos hace treinta o más años, cuando había un puñado de creadores de escasa resonancia en el resto del país y poco reconocimiento por la calidad relativa de sus obras. Pero ya hace veinte

años tuvimos un indicio fuerte de la consideración que merecía la producción literaria de la región, a la que me refiero documentalmente a continuación.

Un punto nodal en este recorrido se dio hace poco más de veinte años con motivo de la edición 1992 del Concurso Anual Patagónico organizado por la Secretaría de Cultura de Neuquén y la Fundación del Banco Provincia de Neuquén. El director de ese concurso, Raúl Mansilla, publicó en el diario “Río Negro” el sábado 12 de diciembre de dicho año una crónica y análisis del acontecimiento, que recomiendo tenga un importante lugar en la investigación. Por ahora, me limitaré a citar las expresiones del jurado (compuesto por Susana Silvestre, Jorge Aulicino y Carlos Levy), que contuvieron “importantes apreciaciones sobre la literatura de la región”. Los tres dijeron, deja constancia Mansilla, “estar sorprendidos por el muy buen nivel literario que existe en la Patagonia. Aulicino dijo no saber las causas de este grato fenómeno (sic) y dio algunas cifras para entender su punto de vista, ya que él acaba de ser jurado del Concurso Literario del Concejo Deliberante de la capital federal. Dijo que de seiscientos trabajos de poesía enviados a dicho concurso capitalino, solo treinta pudieron ser recuperados como muy buenos; en cambio, en este concurso patagónico, con cerca de ochenta trabajos enviados, había veinte realmente muy buenos, de primer nivel, lo que demuestra claramente la diferencia”. Susana Silvestre, por su parte, “opinó del mismo modo, dijo que hasta el cuento más elemental de los enviados tenía cierto nivel, y destacó fundamentalmente a los jóvenes (menores de 20 años)...”. Levy “opinó que lo que ocurría en la Patagonia era superior en calidad a lo que se hacía en la región cuyana.” (N. d. A.: Levy es mendocino)

Dejo para finalizar esta primera respuesta la cuestión con Chile. (Pensar que esta expresión, textualmente, se usó en décadas pasadas para referirse las autoridades y la prensa a la inminencia de un conflicto limítrofe con el hermano país). No me voy a extender, sin embargo, porque es un asunto a todas luces conocido, difundido y consensuado que las interrelaciones y los intercambios de la poesía de las Patagonias argentina y chilena tienen vasos comunicantes antiguos y perdurables y crecientes, incrementados en los años últimos por los encuentros Culturas del Sur del Mundo (y otros eventos binacionales), que

alternan su sede en ambos lados de los Andes. Y que en nuestra región hay creadores que desde sus ancestros tienen vínculos importantes con la cultura chilota (es decir, con las regiones IX, X y XI particularmente, de Chile) y sus frecuentes viajes refuerzan. La fluidez de ese pasaje de mutuo enriquecimiento está incorporada a la vida de los poetas de la Patagonia, con un protagonismo importante en los casos de Jorge Spíndola, Raúl Mansilla y Liliana Ancalao, a los que habría que agregar a otros más jóvenes que se han formado y están escribiendo con esa fuerte impronta.

V. El canon, forcejeo de otros cuerpos

¿Por qué contra toda conjetura,
el ojo miope ha visto
la imagen pequeña y difusa
antes que el llamativo cartel?

R.O.A.

L.A.M. – Me interesa reflexionar sobre los cánones en nuestra literatura ¿Quiénes son y han sido los sujetos e instituciones productores de cánones más relevantes y efectivos? ¿Qué relación guardan sus valoraciones respecto de lo literario con otras axiologías sociales propugnadas? ¿Qué vínculos tienen con los promovidos a nivel nacional por el mercado editorial, las instituciones educativas o el periodismo cultural, entre otros actores? ¿Cuáles son las consecuencias de la obediencia o desobediencia del canon en relación con los campos literarios de la región?

R.O.A.- Si bien hay simultaneidad de cánones establecidos en nuestro país, reales o ficticios (me remito aquí a la todavía polémica instalación de la dicotomía Florida-Boedo) en sus diversas etapas históricas, no les presto atención en tanto tales, que son forcejeos ideológicos y de intereses de grupos. Paso el tamiz, compruebo las reiteraciones en las listas y promedío las valoraciones para luego sumergirme en las lecturas de los más insistentemente nombrados para hacer mi propio canon. Las instituciones que provocan esos tironeos son siempre las mismas (las últimas décadas han aportado nuevas):

la Universidad de Buenos Aires (el reducto de Puán es paradigmático), las revistas culturales y particularmente las literarias, los medios de prensa con sus suplementos culturales, la SADE en su época respetable y las voces de los propios escritores y poetas, que con sus amigos y epígonos forman opinión. Todos estos factores de poder simbólico, claro está, interactúan y consolidan influencias para imponer “nombres”, es decir íconos, más que autores. El proceso es similar al de la consagración de pintores, escultores, actores, etc. Algunas fundaciones, como Antorchas, hicieron lo suyo en recientes décadas, lo mismo que ciertos concursos literarios organizados por los medios de prensa y las grandes editoriales. En este último caso, casi siempre para lanzar nuevos nombres, autores destinados a ser best sellers, con un fuerte descenso de la calidad literaria como obvia consecuencia. Creo que salvo Juan Gelman, no queda un solo autor de valía que venda buena cantidad de ejemplares en nuestro país, hablando de escritores nacionales vivos.

En nuestra región, entreveo que estos movimientos que se dan en el llamado “nivel nacional” (o sea la ciudad de Buenos Aires), no son atendidos con interés como para quedar “pegados” a sus vaivenes y frivolidades. Uno ha registrado, en viejas épocas, por ejemplo, los nombres de Daniel Moyano o de Francisco Madariaga y se ha puesto a buscar sus libros para incorporarlos a su vida. Por lo tanto, no les atribuyo a esos cánones centralistas mayor influencia que otras que uno recibe al momento de escribir y decidir la publicación de sus libros. Y si la pregunta apunta a la presunción de que tengamos un canon propio en la Patagonia diría que no, que como toda su literatura debe de estar en formación, en el peor de los casos. Para mí, un canon funciona como un ranking de boxeo, de tenis o de golf, un orden de méritos imposible de establecer porque no hay campeonatos de literatura, afortunadamente.

No obstante, que hay pujas por posicionamientos al interior de la literatura regional es innegable [...]. Descreo de cualquier tipo de consecuencias que pueda tener el respetar o desobedecer ningún canon. No descarto que algunos puedan creer en ello y obrar y vivir atentos a esas hipotéticas consecuencias.

VI. Las memorias que dicen quiénes somos

Recién al tocar
las superficies conocidas
la materia del tiempo
toma cuerpo
como el nombre y los sueños.

R.O.A.

L.A.M.- La historiografía cultural regional tiene desarrollos desiguales, tal como vos mismo reconocés en tu libro *La periferia es nuestro centro*. En torno a esto, ¿cuáles creés que son los umbrales más relevantes que marcan las tres décadas posteriores a la dictadura en relación con el debate sobre nuestro objeto y nuestras prácticas, en términos estéticos y políticos? La década del '90, años del neoliberalismo por antonomasia, consistió, entre otras cosas, en la retirada del Estado de la escena pública, ocupada esta por un protagonismo casi excluyente del mercado. Con estas coordenadas, ¿qué sucedía en nuestra región? ¿Cómo se le respondía desde el arte a este contexto? ¿Quiénes fueron los incluidos y los excluidos de los distintos proyectos hegemónicos?

R.O.A.- La verdad es que no he podido registrar con precisión otros movimientos de opinión o debate sobre el campo literario regional que el mencionado antes, aunque sé que desde las universidades, en algunos seminarios, encuentros o jornadas, se tiran puntas sobre la cuestión casi todos los años. Diría que ninguno de esos acontecimientos ha producido un “manifiesto”, un texto influyente o verdaderamente interesante, una ponencia digna de seguir siendo discutida fuera de su ámbito.

Quiero dejar constancia de un aporte sustantivo, por la contundencia de las palabras, los conceptos profundos que las animan y la ocasión en que fueron pronunciadas. En el Encuentro de Escritores Patagónicos de Puerto Madryn, edición del año 2007, la poeta y narradora Graciela Cros aprovechó su momento de ponencia para decir que “la identidad, incluida en la consigna de este encuentro, está en constante movimiento y tiene flancos muy delicados, expuestos, hasta diría frágiles o muy sensibles; la identidad vive bajo sospecha y amenaza y en permanente estado de construcción, eso creo.” Aunque en ese

momento se refería a la identidad de cada escritor, enseguida mencionó, para descartarla, la palabra “territorio” porque, dijo, puede ser solo “lo que está debajo de mis pies”. Por eso mismo, enfatizó, “la memoria nos hace ser quienes somos. Mientras podamos recordar, recordarnos, evocar este encuentro, el anterior, el próximo, nuestros poemas, sabremos quiénes somos, adónde pertenecemos aunque escapemos al rigor y obligatoriedad de la 'Ley del coirón', en la que no creo (mi obra es una prueba de ello), aunque vivamos en una geografía distante, la memoria, insisto, nos dirá quiénes somos.”

En cuanto a las peripecias político-económicas de nuestro país, no considero relevantes los cambios de una década a la otra, del '80 al '90, o de ésta al ingreso en el siglo XXI en cuanto a su rol de apuntalar la literatura ni ayudar a los escritores. El Estado no ha estado más ni mejor presente para promover las actividades literarias en las provincias patagónicas en una u otra época, con salvedades parciales y hasta espasmódicas. La cultura no le interesa de verdad a la política (tal vez Neuquén ha hecho algo más que las restantes, con gestiones más vigorosas y quizá convincentes; Chubut también ha puesto en marcha el fondo editorial, aunque después ningunea a los autores seleccionados; en Río Negro sigue clausurado el FER desde 1991, con el interregno del 2007, donde volvió a publicar) porque no le acarrea votos a nadie, no puede hacerse clientelismo con los escritores.

Y como el mercado poderoso se concentra en la ciudad de Buenos Aires, sus alrededores y dos o tres ciudades capitales de algunas provincias importantes (los lineamientos de las grandes editoriales se trazan fuera de nuestras fronteras porque casi todas son parte de holdings multinacionales), tampoco los vaivenes de gustos y conveniencias del sector privado nos afecta para mejor o para peor. ¿Cuántos autores patagónicos han publicados libros en esos grandes conglomerados industriales? ¿Cuántas veces, es decir, cuántas obras?

A partir de esto sería una empresa sin destino intentar el deslinde de quiénes se vieron más o menos perjudicados en la Patagonia por esos virajes en el mercado editorial merced a la mayor o menor injerencia del Estado. No se puede distinguir tal cosa. Salvo una nueva política de la Biblioteca Nacional,



que con su concurso anual de narrativa “Eugenio Cambaceres” ha decidido suplir las carencias que tiene desde siempre la Secretaría de Cultura de Nación (el prestigio decreciente de los premios del Fondo Nacional de las Artes parece no tener su abismo definitivo), al haber puesto en contacto a las principales editoriales nacionales de pequeño y mediano porte con los seleccionados en ese certamen para que acuerden ediciones (no sólo los primeros premiados accederán a la publicación), todo lo demás sigue igual en el ámbito del Estado en la década última. También podríamos contabilizar a su favor en este momento el gran impulso que tiene la televisión digital argentina (tda) en cuanto a la promoción de ficciones, dando trabajo y formación a escritores en el rubro guión televisivo, que debe partir de argumentos, cuentos, relatos, crónicas de autores provinciales.

Y para finalizar, recordar que el arte tiene una sola forma de responder a cualquier coyuntura histórica, situación político-institucional, perfiles económicos, relación Estado-sociedad, en épocas de carencias o del llamado “progreso”: trabajar, hacer la propia, con total independencia de ese contexto, favorezca o conspire contra sus posibilidades. Con mayor razón en literatura, la más barata de las artes, donde bastan un papel y un lápiz. Y la vocación, la convicción y la tenacidad de cada escritor.

© **Luciana A. Mellado**

.

Notas

[1] - Artola, Raúl O. *La periferia es nuestro centro*. Rada Tilly, Espacio Hudson, 2011.